

Este capítulo forma parte del libro:



***Hacia una historia transnacional
del patrimonio escrito de México
Reflexiones sobre bibliografía y
coleccionismo***

*Marina Garone Gravier
(Coordinadora)*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Universidad Nacional Autónoma de México (IIB)

País: México

Año: 2025

Páginas: 282 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-45-7 (UAA)
978-607-587-891-1 (UNAM)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-45-7>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/357>

El abogado, el peón y el librero. La relación entre José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y José María Andrade

Emma Rivas Mata

Edgar Omar Gutiérrez López

Dirección de Estudios Históricos

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Antecedentes

Con la creación del Archivo General y Público de la Nación, en agosto de 1823, como depósito encargado de conservar, ordenar y difundir al público en general los documentos generados durante el gobierno colonial, tales como las reales cédulas, órdenes, providencias, instrucciones, procesos judiciales o eclesiásticos, ordenanzas, instrumentos públicos, cuentas, padrones y demás papeles considerados testigos de noticias por demás “preciosas e interesantes”, pero, sobre todo, con el decreto que dio origen al Museo Nacional, en 1825, se mandó una clara señal de la necesidad que tenía el país recién separado de España, de tener instituciones que, además de conservar y organizar aquellos documentos históricos, deberían ir más allá al concebir como un objetivo primordial “la instrucción” de toda la población relativa a la historia de la nación. Sobre todas las cosas, era de la mayor prioridad el conocer y organizar el nuevo Estado independiente, lo que lo obligaba a tener archivos

arreglados y un discurso del devenir del país que pudiera unir a la nueva sociedad.

Para llegar a este punto fue necesario recorrer un largo proceso que, el nuevo ambiente intelectual posterior a las luchas independentistas, pudo darle cauce en la creación de esas dos nuevas instituciones, como lo más relevante para nuestro tema, pero no lo único. De hecho, este proceso tiene raíces que se pueden observar desde la época colonial temprana. El descubrimiento de América, por parte de los españoles y su posterior conquista, fue un fenómeno que requirió ser registrado y difundido profusamente. Se escribió mucho sobre estos hechos y se buscó de igual manera conocer a los grupos americanos sometidos, quiénes eran, cómo vivían, en que creían, cómo entenderlos, cómo hablar con ellos, cómo organizarlos a partir de los conceptos europeos, cómo transmitirles la fe y las creencias cristianas. Es ahí donde encontramos los esfuerzos de los primeros cronistas y misioneros como Bernal Díaz del Castillo, fray Gerónimo de Mendieta, fray Bernardino de Sahagún, fray Juan de Torquemada, Francisco Cervantes de Salazar, o el de historiadores y colectores de documentos posteriores como Fernando de Alva Ixtlixóchitl, Fernando Alvarado Tezozómoc, Diego Muñoz Camargo, Carlos de Sigüenza y Góngora, Agustín de Betancourt, Lorenzo Boturini, Francisco Javier Clavijero, Antonio Alzate, entre los más conocidos.

Un suceso intelectual a destacar para el siglo XVIII y principios del siguiente siglo es la aparición de importantes trabajos bibliográficos como los de Juan José de Eguara y Eguren y el de Mariano Beristáin y Souza. El primero de estos autores, con su obra buscó dar a conocer las valiosas aportaciones al conocimiento por parte de la sociedad novohispana, con la idea de evidenciar el desconocimiento que se tenía de Nueva España en Europa, en particular de aquellos personajes que despreciaban y denigraban a las sociedades del llamado Nuevo Mundo, consideradas como atrasadas, sin vida académica y bajo nivel

intelectual. En tanto que, el segundo autor, quiso mostrar la riqueza de la vida intelectual novohispana como parte activa de la cultura hispánica, esto en el contexto de las guerras de independencia.

Más allá de los motivos particulares de estos autores, sus trabajos bibliográficos mostraron una nueva manera de concebir y entender a la sociedad novohispana, de la necesidad de observarla a partir de su propio camino, de su propia historia. Esta idea estuvo arropada o acompañada con la labor de personajes como Lorenzo de Boturini (c 1698-1755), quien tuvo la intención de escribir la historia de las comunidades indígenas anteriores a la conquista española. Para ello aprendió náhuatl y colectó valiosos objetos y documentos a lo largo de siete años (marzo de 1736-1743) de minuciosa y tenaz indagación en Nueva España. Se sabe que Boturini, gran apasionado de la virgen María, conoció en Madrid a María de la Fuen-cisla Artacho, sexta condesa de Santibáñez, hija mayor de la condesa de Moctezuma. Quien le otorgó un poder notarial para que pudiera cobrar en la tesorería novohispana la pensión de la que era acreedora por ser descendiente del mencionado tlatoani mexica, según los privilegios concedidos por la corona de España a su linaje. Comisión que le permitiría conocer de cerca lo relativo a la aparición de la virgen de Guadalupe.

Lo interesante del caso de Boturini es que para escribir su historia, cuyo propósito inicial fue demostrar la autenticidad de las apariciones guadalupanas, cambió poco a poco en la medida que sus valiosos y variados hallazgos de materiales relativos al pasado indígena lo encaminaron a emprender una nueva empresa que nada tenía que ver con el propósito inicial. De esta forma sus investigaciones lo orientaron a desarrollar lo que él llamó: "Idea de una nueva historia general de la América Septentrional".

La valiosa y rica colección de documentos recopilados por Lorenzo de Boturini, "casi quinientos escritos tanto en lenguas indígenas como en castellano", superó

por mucho la vasta colección reunida anteriormente por Carlos de Sigüenza y Góngora, lo que la convirtió en la más grande de su tiempo. El propio colector nombró a su rica colección “Museo Histórico Indiano”,¹ donde la palabra “museo” da a entender la idea de que se trata de objetos recuperados para su exhibición, objetos portadores de significados, por lo que es claro que los vislumbró con la intención de que fueran observados y, sobre todo, estudiados con la idea de poder restaurar el pasado que les había dado vida.

No debe olvidarse que durante la estancia de Boturini en Nueva España el monarca español era Felipe V (1700-1746) a quien llamaban el Animoso, impulsor de una importante política cultural, que lo llevó a crear la Real Biblioteca Pública (1711-1712), antecedente de la Biblioteca Nacional de España (creada en 1836) y, a partir de la cual, se planearon y establecieron las Academias de la Lengua (1713), la de la Historia (1738) y la Junta Prepara-

1 Manuel Cortés, 2016, pp. 62-73. Entre copias y documentos originales reunidos por Boturini, el autor menciona: Las Relaciones Históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, documento que daba cuenta sobre la conformación del reino prehispánico de Texcoco; los Diarios y Relaciones de Chalco-Amecamecan, otro reino de gran importancia por su cercanía con México-Tenochtitlán; la Crónica Mexicana y la Crónica Mexicáyotl de Fernando de Alvarado Tezozómoc, manuscrito que trataba sobre la historia del pueblo nahua o azteca; había que agregar el escrito llamado Crónica de Tlaxcala, atribuida a Juan Ventura Zapa y Mendoza, Códice de Xalapa, Códice Xólotl, Historia Tolteca Chichimeca, Matrícula de Tributos, Tira de los Tributos, Genealogía de Tlamaca, Mapa Catastral de Tepoztla, Códice Tonalámatl, Códice Azcatitlán, Códice de Cholula, Códice de la Conquista, Códice de Cozcatzin, Genealogía de Cuauhtli, Códice de Cuatlaxcohuapan, Genealogía de los Señores de Etla, Códice de Huamantla, Lienzo de Tlaxcala, Matrícula de Huexotzingo, Anales Mexicanos, fragmentos de una Historia de México, Anales de México y Tlatelolco, Mapa de Otumba, Anales de Tlaxcala, Códice de las posesiones, Tributos de Tlatengo, Tributos de Tzinuntzan, Confirmaciones de Calpan, unos Anales históricos de la Nación Mexicana, Matrícula Huexotzingo.

toria de la Academia de escultura, pintura y arquitectura (1744) antecedente de la que más tarde sería la Academia de las Bellas Artes de San Fernando (creada en 1752 por Fernando VI). A la misma Real Biblioteca se le asociaron los Gabinetes Reales de Antigüedades y de Historia Natural. A este último gabinete se destinaron varios objetos y colecciones de antigüedades, especialmente las de América.

El historiador español, Jorge Maier, señala que, desde finales del siglo XVII se detectan una serie de actitudes que presagiaban una renovación en el ámbito de las ciencias y las humanidades, especialmente en el estudio y valoración de las antigüedades, dando así los primeros pasos de una disciplina científica autónoma que impulsó de manera particular los estudios epigráficos y numismáticos, el desarrollo de la crítica textual, el análisis y escrutinio metódico de las fuentes documentales, la formación de bibliografías, los llamados “viajes literarios” es decir las expediciones científicas con el propósito de examinar y registrar *in situ* los monumentos antiguos, muchas de ellas se hacían acompañar con un dibujante, elemento sin precedentes con el que poco a poco inició la ilustración razonada de la antigüedad y las excavaciones arqueológicas.²

Es en este contexto que puede verse la creación de la Real Expedición de Antigüedades de la Nueva España, ordenada por el rey Carlos IV (nieto de Felipe V) con la idea de recorrer y estudiar los lugares donde estuvieran las construcciones prehispánicas en México y Guatemala. En 1804-1805, el virrey José Joaquín Vicente de Iturrigaray formó un grupo que llevaría a cabo dichas expediciones, integrado por el capitán retirado Guillermo Dupaix (1746-1818), el dibujante José Luciano Castañeda (1774-1834), el escribiente Juan José Castillo, acompañados por un destacamento de caballería. Así mismo, pidió a todas las autoridades civiles y religiosas que remitiesen cualquier noticia relativa a las antigüedades de los lugares donde se

2 Maier Allende, 2011, pp. 12-13.

encontraran. Entre 1805 y 1809, se llevaron a cabo varios recorridos por diferentes lugares con el fin de localizar monumentos y vestigios, dilucidar su origen, antigüedad y significado.³

La guerra de independencia detuvo, no sólo los recorridos del grupo expedicionario, sino además la publicación de su informe y las notas que escribieron. Asimismo, los apuntes del capitán Dupaix y los dibujos de Castañeda tampoco pudieron ser enviados a España por lo que probablemente se quedaron en la oficina de la Secretaría del Virreinato y años más tarde pasarían al Museo Nacional. Parte de estos materiales fueron publicados en la cuarta década del siglo XIX en Londres y París, por Lord Kingsborough (1831 y 1848) y Jean-Henry Baradère (1834) respectivamente.

Consumada la independencia, un joven originario de Nuevo Orleans de nombre Latour Allard, vino a México y, en 1824, compró un lote de antigüedades en una subasta organizada por José Luciano Castañeda, el dibujante que acompañó al Capitán Dupaix a sus expediciones para encontrar e investigar las antigüedades novohispanas. Se trataba de 182 objetos prehispánicos, 120 dibujos en tinta china (entre los cuales había “uno completísimo” de la Piedra de Tízoc) y tres cuadernos manuscritos del capitán Dupaix, una pictografía indígena de 12 páginas elaborada con papel de maguey que había pertenecido a Lorenzo Boturini, además de 38 láminas coloreadas de indumentaria moderna y escenas populares. Material que tres años después vendería en París al artista italiano Agostino Aglio, quien los compró a nombre del noble irlandés Edward King (1795-1837), mejor conocido como Lord Kingsborough, para utilizarlos en su famosa obra que entonces estaba preparando.⁴

3 Guerrero Crespo, Hernández Ramírez, Rodríguez García y Martínez Acuña, 2022, pp. 106-122.

4 López Luján y Fauvet-Berthelot, 2015, pp. 18-23.

Este último personaje fue parlamentario en 1818, por el condado de Cork (de donde era originario), reelegido en 1820, cargo de representación al que renuncia en 1826, para dedicarle más tiempo a sus investigaciones y recopilación de documentos y pinturas relativos a la historia de las sociedades prehispánicas. Tuvo la posibilidad de indagar en importantes y ricas bibliotecas europeas. Entre ellas, la más antigua de aquel continente, la Bodleiana de la Universidad de Oxford, la imperial de Viena, la Vaticana, la del Instituto de Bolonia, la del Museo Borgia de Roma, además de bibliotecas en París, Berlín y Dresde. Lord Kingsborough envió al diplomático y bibliógrafo norteamericano Obadiah Rich (1783-1850) a España en 1830-1831 con la idea de obtener manuscritos relativos a la historia antigua de América. O. Rich conocía muy bien España ya que había sido cónsul de su país en Valencia y Madrid, lo que le había permitido reunir una importante biblioteca de libros en español.⁵

El trabajo de Lord Kingsborough fue publicado con el título *Antiquities of Mexico*, en nueve tomos. En su obituario se le señaló como un autor con “una competencia considerable en el conocimiento anticuario”, dejándonos “un extraordinario monumento público, obra de su diligencia y munificencia”, al imprimir, en 1831, los primeros siete espléndidos volúmenes de las *Antigüedades de México*. “Ilustrados con láminas facsimilares, tomadas de manuscritos inéditos que se conservan” en diferentes re-

5 La colección de documentos de Obadiah Rich se encuentra en la Biblioteca Pública de Nueva York. En la ficha relativa a la misma se considera a su colector como un librero estadounidense establecido en Londres cuando compró la colección de libros y manuscritos de Henry Ternaux-Compans en 1844. Dicha colección incluía materiales reunidos por Juan Bautista Muñoz (1745-1799) para su historia de las colonias españolas en América. Rich aumenta su colección de manuscritos con materiales comprados a Lord Kingsborough que más tarde vendería a James Lenox por medio de Henry Stevens, en 1848. <https://archives.nypl.org> [Consultado en julio de 2023].

positorios, “en las colecciones del arzobispo Laud y del sabio señor Selden”.⁶ Los primeros siete volúmenes fueron editados, en 1831, por Robert Havell y Colnaghi, y el editor Henry G. Bohn presentó, en 1848, los volúmenes faltantes, que por cierto ya no alcanzó a ver impresos el autor.

Un abogado entre antigüedades mexicanas

Como es lógico pensar, esta obra llamó la atención de aquellos mexicanos preocupados e interesados en la historia mexicana anterior a la llegada de los españoles. El Museo Nacional pronto obtuvo los primeros siete tomos y, poco antes de la invasión estadounidense, pudo prestárselos al reconocido abogado, promotor educativo, colaborador y redactor en distintos periódicos políticos y literarios, José Fernando Ramírez Álvarez (1804-1871), quien deseaba realizar una minuciosa revisión de los mismos y compararlos con los que él tenía. Poco antes había expresado que el libro de Lord Kingsborough había enriquecido “las letras con la producción tipográfica más espléndida y laboriosa que han producido las prensas desde Gutenberg, sino también consagrado sus talentos y vigili-
lias a la explicación de los monumentos contenidos en su inestimable colección...”.⁷

Para entonces, José Fernando Ramírez, quien si bien nació en la Villa del Parral, Chihuahua, hizo sus estudios en Durango, Zacatecas y en el Colegio de San Ildefonso de la Ciudad de México, ya había desempeñado importantes cargos públicos en esas tres ciudades. A los 22 años fundó la logia del rito yorquino llamada Apoteosis de Hidalgo y participado en la organización de la Sociedad Patriótica

6 “Obituario del Vizconde de Kingsborough”, 1837, https://www.mna.inah.gob.mx/gabinete_de_lectura_detalle.php?pl=Obituario_del_Vizconde_de_Kingsborough [Consultado el 26 de julio de 2023].

7 Prescott, 5ª edición, 2000, p. 658.

Amigos de Hidalgo, cuyo objetivo era fomentar el culto a la memoria del padre de la patria, propagar la instrucción pública y enaltecer el civismo del pueblo. Poco después, funda en la ciudad de Chihuahua una sociedad para propagar la instrucción pública llamada Escuela Festiva y, en 1832 se graduó de abogado en Zacatecas.

Uno de los primeros testimonios públicos del interés del abogado Ramírez sobre la historia antigua de México es una carta publicada en el diario *El Cosmopolita*, número 60, del miércoles 4 de julio de 1838, dirigida a su amigo el historiador Carlos María de Bustamante. En esa misiva le informa del hallazgo de unos “restos preciosísimos de antigüedad Mexicana” que dará mucha luz sobre nuestra historia antigua. Descubrimiento realizado de manera fortuita, ya que el hacendado que lo realizó estaba buscando agua y guarecerse un rato del fuerte sol, por ello entró en una cueva donde encontró “colocados simétricamente y en grupos, cerca de mil cadáveres envueltos en tilmas y fajados con bandas”.⁸

El hacendado mandó sacar de la cueva tres cadáveres y quitó sus pertenencias para entregárselas a Ramírez, quien a su vez se las envió a Bustamante, considerado por él como “instruido en este ramo de antigüedad” y conociendo “su pasión por su anticuaria Mexicana”. Para enviárselas elaboró una descripción por cada uno de los diez paquetes en los que se fueron a la Ciudad de México para su valoración. En una parte de la carta, señala:

Yo creo que una investigación detenida de aquellas catacumbas, nos ayudará a resolver este problema, hoy envuelto en las tinieblas de los siglos, porque en tan gran número de cadáveres, debe encontrarse otros adornos, amuletos, ídolos, ar-

8 Se trata de la Cueva de la Candelaria, en la Sierra Mojada, en los inicios del Bolsón de Mapimí, en el estado de Coahuila. Sobre el tema véase, Aveleyra Arroyo de Anda, *et al.*, 1956.

mas, vasos, instrumentos y quién sabe si tal vez inscripciones, jeroglíficos, pinturas y otros objetos, por medio de los cuales aquella nación de muertos nos revele sus secretos.⁹

Ramírez esperaba que con la influencia que tenía Bustamante en el “Supremo Gobierno” pudiera lograr que se ordenara una escrupulosa investigación que fuera útil para la historia o pudieran merecer un lugar en el “Museo Mejicano”.

Otro testimonio del interés del abogado Ramírez sobre la historia antigua de México tiene relación con la importancia que llegó a tener su propia biblioteca en su casa de Durango. Testimonio dejado por el cónsul norteamericano que pasó por esa ciudad, en febrero de 1844, cuando se trasladaba a tomar posesión de su cargo en la población de San Francisco, California, entonces todavía territorio mexicano. Albert M. Gillian, llegó a la capital duranguense con una carta de recomendación para visitar al hermano político de don Fernando, el señor Herman Stahlknecht, quien lo recibió amablemente y lo invitó a comer, más tarde lo llevó a casa de su hermano político, quien ya gozaba de un merecido reconocimiento como abogado y hombre de negocios y, al cual, el cónsul deseaba conocer.

El visitante quedó impresionado con la “enorme y elegante” casa de José Fernando Ramírez, además de muy bien amueblada, posiblemente con sillas y sofás traídos de Estados Unidos. Como el abogado Ramírez no se encontraba en casa, el señor Stahlknecht ofreció mostrarle al visitante la biblioteca de su cuñado. El señor Gilliam se llevaría otra buena impresión al entrar en aquella “amplia habitación, de no menos de treinta pies de largo por veinte de ancho”, de la cual dijo que estaba “pletórica, de piso a

9 *Libros y exilio...*, 2010, pp. 102-103.

techo”, de libros de leyes en español. Dicho visitante describió el lugar en su diario de viaje, de la siguiente forma:

Sobre una gran mesa, en el centro del salón, yacían pilas de documentos, además de los autores abiertos a recientes consultas. Habiendo contemplado la carátula de muchos antiguos volúmenes, que no podía entender, fui invitado a pasar al apartamento contiguo, mucho más grande, que contenía un mayor número de folios. El señor Stahlknecht me relató que esa era la biblioteca general y que contenía obras de casi cualquier rama del conocimiento y en varios idiomas.¹⁰

No se equivocaba el cuñado del señor Ramírez, ya que para esos años el dueño de la biblioteca había adquirido, con paciencia y profundos conocimientos, obras de jurisprudencia que acompañaron sus años de estudio, los clásicos latinos que fortalecieron su amplia cultura, libros de historia antigua y moderna europea, americana y, particularmente, mexicana, así como obras científicas, de filosofía, de teología, de derecho público, civil, romano y canónico, de historia eclesiástica, de geografía, de egipptología y de muchos otros temas que llamaron su atención y contribuyeron a su sólida educación. De tal manera que su buena formación, conocimientos y honestidad le permitieron ganar una imagen de respetabilidad, ampliamente reconocida por nacionales y extranjeros.

Muestra de la madurez y amplios conocimientos alcanzados por José Fernando Ramírez pueden verse en las “notas y esclarecimientos” publicados en la edición que Ignacio Cumplido realizó, en 1844, de la exitosa obra de William H. Prescott, titulada *Historia de la conquista de México*. “Con ellas pretendió rectificar los errores u omisiones que había descubierto, [así como] orientar al lector y no

10 Gilliam, 1996, pp. 293-296.

dejar sin réplica las acusaciones gratuitas del autor sobre asuntos de gran transcendencia para los propios mejicanos". Entre las notas, vale la pena destacar las "Noticias bibliográficas de los historiadores de México en los últimos tiempos" donde se advierte lo bien informado que estaba Ramírez sobre las investigaciones, autores y obras publicadas sobre la historia del país, así como de aquellos temas poco o nada abordados hasta entonces.

Entre los esclarecimientos que realizó destacan las duras críticas que le hizo al muy reconocido historiador bostoniano: "Apenas puedo concebir, cómo un investigador y crítico tan diligente y severo, [...] se haya apegado tan servilmente a la tradición vulgar, repetida hace trescientos años por el común de los lectores, teniendo en sus manos documentos irrefutables que patentizan las graves equivocaciones en [las] que ha incurrido".¹¹

De acuerdo con lo señalado por el profesor Ernesto de la Torre Villar, el abogado Ramírez pasó buena parte del año de 1847, seleccionando y copiando interesantes manuscritos históricos en el Archivo General y en el Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de México.¹² Asimismo, obtuvo los permisos correspondientes para poder salvar el rico Archivo del Ministerio de Relaciones, algunos manuscritos del Archivo General y objetos que pertenecían al Museo Nacional, los cuales había resguardado en casas de algunos amigos ante la inminente llegada del ejército invasor de Estados Unidos. Particularmente, el librero José María Andrade, fue uno de esos amigos que les tocó esconder unos treinta o treinta y un cajones con documentos.

Ese mismo año se publicaron dos libros que preparó el abogado Ramírez, *El Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado (1485?-1541). Ilustrado con estampas sacadas de los antiguos Códices Mexicanos, y notas y noticias biográficas,*

11 Las citas textuales de los dos párrafos son de Lanero Fernández y Secundino Villoria Andréu, 1992, pp. 111-121.

12 Torre Villar, 2001, pp. 107-109.

críticas y arqueológicas, y además, Extractos de las relaciones de los viajeros y misioneros en el noroeste de México... cuya información de este último texto la obtuvo de la colección de manuscritos del Archivo General.

Como puede observarse, José Fernando Ramírez mantenía muy buenas relaciones con el personal, tanto del Archivo General, como del Museo Nacional. El primero de enero de 1850, le escribió a Isidro Rafael Gondra (1788-1861), director de la primera institución, para cumplir con la promesa que le había hecho de comunicarle el resultado del cotejo que había realizado entre los volúmenes del Museo y los propios de la obra de Lord Kingsborough. Cabe señalar que el señor Ramírez ya tenía los nueve tomos de la obra, en tanto que el Museo solamente los siete primeros.

Una primera duda que despeja el abogado en su carta es la constatación de que los nueve tomos que él tenía eran realmente “efectivos” y no como lo habían imaginado inicialmente, que se trataba de los mismos siete tomos publicados en 1831, aunque ahora repartidos en nueve tomos. Después de esta observación, Ramírez procede a realizar no sólo una minuciosa y detallada descripción de los tomos VIII y IX aparecidos en 1848, sino además añade una serie de valiosos comentarios. De entrada señala que se trata de “materiales de inmenso interés” aunque dejan un “profundo sentimiento de pena y de disgusto cuando se reflexiona que sólo son fragmentos de obras que México podía poseer completas y a muy poca costa”.

A lo largo de su carta registra, reflexiona y dota de historicidad a autores y títulos de manuscritos, así como a los poseedores de los mismos, despliega así sus vastos conocimientos relativos a la bibliografía sobre la historia de México y de las fuentes documentales de la misma, siempre tiene presente el trabajo bibliográfico de José Mariano Beristáin y sus múltiples menciones lo llevan a reflexionar sobre la utilidad y la labor de los bibliógrafos en general y por lo cual señala: “Las Bibliotecas [término

utilizado entonces para referirse a las bibliografías] son el registro de la civilización nacional y la díptica de sus literatos. Allí consignan los pueblos los títulos de su gloria y de su respetabilidad para con los extranjeros y ahí buscan los nacionales el hilo que debe guiarlos en el laberinto de sus investigaciones literarias".¹³

Inclinación a los estudios históricos y su destino de peón

Mientras tanto, en ese mes de enero de 1850, en la Ciudad de México, un joven de nombre Joaquín García Icazbalceta, miembro de una familia propietaria de haciendas azucareras, en el actual estado de Morelos, también dedicado al estudio de la historia de México en el tiempo libre que le dejaban sus obligaciones en los negocios familiares, estaba preparando la respuesta que a nombre de su amigo Isidro Rafael Gondra debía dar a la importante carta que el reconocido abogado e historiador José Fernando Ramírez, residente entonces en la ciudad de Durango, le había dirigido al dicho señor Gondra. Para entonces, García Icazbalceta, aunque joven ya tenía varios años estudiando las fuentes de la historia de México, acopiando documentos y comprando libros, por lo que había adquirido amplios conocimientos sobre historia, por ello dos de sus amigos cercanos le insistieron en que diera respuesta a la carta del señor Ramírez.

Pero ¿cuál había sido la preparación de este incipiente historiador? y ¿qué bagaje cultural lo respaldaba?, como para responder a la extensa carta sobre historia,

13 Carta de José Fernando Ramírez a Isidro Rafael Gondra, Durango, 1° de enero de 1850. Esta carta primero se publicó en los *Anales del Museo Nacional de México*, Segunda época, Tomo II, 1905, pp. 165-179. En el año de 2010 publicamos la versión que tuvo García Icazbalceta, junto con las notas manuscritas que le añadió. *Libros y Exilio*, 2010, pp. 123-124.

fuentes y antigüedades mexicanas. Aunque García Icazbalceta nunca asistió a escuela alguna, en cambio tuvo una muy buena educación en casa con diversos profesores particulares y se esforzó mucho para ampliar sus conocimientos de manera autodidacta.

Sus libros y sus rigurosas prácticas de lectura fueron el complemento de su aprendizaje. Con su talento innato, muy pronto mostró una clara inclinación por el estudio de la historia y un marcado gusto por la tipografía, la que practicaba con una pequeña prensa, regalo de su padre. Al paso de los años Joaquín García Icazbalceta no solo se distinguió por sus eruditos estudios históricos y bibliográficos, por sus impecables ediciones de documentos históricos y por su constante labor de recuperación de fuentes para escribir la historia de México que se había propuesto llevar a cabo; con los años también se le reconoció como exitoso hacendado por sus constantes innovaciones, su excelente administración, así como por la productividad de sus fincas azucareras.

García Icazbalceta fijó su atención principalmente en el estudio del periodo que cubría los primeros años del dominio español, concretamente lo sucedido entre 1521 y 1571. En su opinión, se trataba del periodo más interesante porque durante esos años “desaparecía un pueblo antiguo y se formaba uno nuevo”; episodio de nuestra historia que consideró hacía falta documentar.

Siempre fue muy disciplinado y metódico para cumplir con sus responsabilidades y alcanzar sus objetivos. Por la mañana se entregaba al trabajo en el escritorio comercial; después tomaba un tiempo para comer en familia y al terminar dedicaba algunos ratos a sus “entretenimientos literarios”. Por muchos años siguió esta rutina, las tardes las dedicaba al estudio, la lectura, revisión y transcripción de manuscritos mexicanos del siglo XVI, escribía cartas a sus corresponsales o trabajaba en su imprenta con la idea de reproducir y dar a conocer algún documento relevante. Se daba tiempo para acudir a alguna biblioteca

o al Archivo Nacional para copiar determinados documentos; o bien a la librería en busca de libros antiguos o de las novedades en cuanto a historia. En ocasiones, recibía o visitaba a algún amigo.

Muy pronto adquirió los conocimientos necesarios sobre diferentes temas de la historia colonial, hacía análisis profundos y crítica de las fuentes, aunado a su redacción y escritura impecables. No obstante, García Icazbalceta no se sentía capaz de componer por su cuenta esa historia de los primeros años del dominio español. Siempre tuvo muy presente que, para escribir algo de nuestra historia, lo primero era contar con las fuentes fidedignas, por lo que pensó que al menos podía contribuir acopiando los materiales necesarios para ello. Desde su punto de vista, muchos de los documentos relativos al inicio de la época colonial, no se habían conservado en suelo mexicano. Esto lo motivó para llevar a cabo un exhaustivo rescate de libros y documentos que se pudieran encontrar en México o en el extranjero y, de esta manera, poner a disposición de los historiadores las fuentes históricas necesarias para su trabajo, a quienes consideraba como los destinatarios de “la gloria de escribir la historia de nuestro país”.¹⁴

En 1846, a la edad de 21 años, ya había fraguado un plan para el acopio de todas las fuentes manuscritas o impresas que estuvieran incluidas en el marco temporal antes mencionado. Empezó por adquirir los primeros impresos mexicanos del siglo xvi en algunas librerías de viejo o con particulares; y a consultar las bibliotecas de la Ciudad de México. Otra de sus prioridades era tener un registro completo de los primeros impresos novohispanos, entre los que se encontraban las doctrinas, relatos y crónicas utilizadas por las distintas órdenes religiosas

14 Borrador de la Carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, Méjico 22 de enero de 1850. Esta carta, con algunas variantes, la publicó Felipe Teixidor en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez...*, 1937, pp. 3-17. *Libros y Exilio*, 2010, pp. 132-139.

establecidas en la Nueva España en su labor evangelizadora. Consideraba que a partir de estas fuentes, se podrían reconstruir los hechos históricos más importantes. Así que a partir de 1846, emprendió su labor de recopilación y registro de información para lo que más tarde sería su *bibliografía mexicana del siglo xvi*, a la que agregó como complemento un estudio histórico relativo a los inicios de la imprenta en México.

Es evidente que era un lector incansable, repasaba una y otra vez sus libros y hacía extensos apuntes. Buscó la forma de tener comunicación con libreros y encargados de bibliotecas de otras partes de México pero también de España, especialmente de Madrid, en cuyas bibliotecas y archivos se resguardaba mucha de la documentación relativa al periodo colonial. Se mantenía informado de las novedades editoriales europeas y estadounidenses gracias a los periódicos y catálogos de librerías que recibía periódicamente. Su afición por la historia mexicana se convirtió en una serie de trabajos profundos y eruditos, a la par que su colección de manuscritos y libros iba en aumento.

En poco tiempo, el joven García Icazbalceta llegó a ser un buen conocedor del *corpus* documental mexicano. En 1849 inició una valiosa *Colección de manuscritos relativos a la historia de América*, la cual creció considerablemente hasta llegar a tener 87 volúmenes de manuscritos con 25 mil hojas, casi todos encuadernados por él mismo.¹⁵ Toda su vida mantuvo una gran preocupación: sacar a la luz los materiales dispersos que aún pudieran recogerse antes de que el tiempo los terminara por destruir. Esta urgencia y su temprano gusto por la tipografía, le permitieron establecer en su casa una prensa profesional para imprimir y editar algunos de los numerosos manuscritos que fue acumulando.

Su búsqueda de libros lo llevaría a visitar la librería de José María Andrade (1807-1883), uno de los libreros

15 Esta colección se conserva en la Benson Latin American Collection, de la Universidad de Texas, en Austin, Estados Unidos.

de la Ciudad de México con mayor reconocimiento. Andrade, además de dedicarse a la venta de libros, era un apasionado bibliófilo, decidido promotor y difusor de la cultura mexicana. El señor Andrade fue pieza clave en la introducción del inquieto joven García Icazbalceta en el medio intelectual de la capital mexicana. Desde entonces los unió una estrecha amistad, nunca interrumpida, hasta que faltó el señor Andrade en enero de 1883.

Esta misma amistad fue el puente que lo llevó a entablar comunicación con el abogado José Fernando Ramírez (1804-1871), también interesado, como ya se vio, en el rescate de fuentes y acervos bibliográficos mexicanos. José María Andrade obligó a su amigo Joaquín a dar respuesta a la carta de Ramírez que en 1º de enero de 1850 le había dirigido al citado director del Museo Nacional, Isidro Rafael Gondra, importante personaje del ambiente intelectual y periodístico de esos años. Tanto Gondra, como Andrade, estuvieron de acuerdo en que el joven García Icazbalceta respondiera la carta de Ramírez ya que, muy bien sabían de los conocimientos de García Icazbalceta relativos a las obras de los primeros cronistas del siglo xvi.¹⁶

En su conocida misiva de 1º de enero de 1850, Ramírez le comunicaba a Gondra claramente su interés por el estudio de las antigüedades mexicanas y su ambicioso plan de reunir en un solo lugar y tan metódicamente como fuera posible, todas las antiguas y genuinas tradiciones históricas que se encontraban esparcidas en los testimonios

16 La respuesta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, está fechada en Méjico, el 22 de enero de 1850. Cabe señalar que para esa fecha García Icazbalceta no tenía un ejemplar propio de la obra de Lord Kingsborough, es probable que con anterioridad la hubiera consultado en la biblioteca del Museo Nacional. En octubre de 1850, pudo adquirirla por la cantidad de 62.00 libras, la nota de venta la firmó J. Bain, de Londres. *Libros y Exilio*, 2010, pp. 132-139.

de los historiadores de los siglos *xvi* y *xvii*. Trabajo al que Ramírez pensaba dedicar el resto de su vida.¹⁷

Entonces García Icazbalceta respondió a nombre del señor Gondra y obligado por Andrade, ya que para él “los deseos de su amigo eran órdenes”. En su respuesta, fechada el 22 de enero de 1850, presuroso le expuso su inquietud por el estudio de la historia antigua de los primeros años del dominio español y sus intenciones de recopilar todas las fuentes manuscritas o impresas relativas a ella. Asimismo, le confesó que para desempeñar lo que él definió como “su humilde destino de peón”, es decir, el acopio de materiales históricos, contaba con “tres cosas: paciencia, perseverancia y juventud”.¹⁸

Para García Icazbalceta entablar comunicación con el reconocido abogado, redactor de Códigos Generales de la República, ministro del Tribunal de Justicia, senador por Durango y más tarde Ministro de Relaciones, además de historiador y colector de documentos e interesado en el rescate de fuentes históricas mexicanas, hombre maduro de 46 años, significó el reforzamiento de su labor de colector, editor e impresor, pues, se sintió alentado y motivado a seguir en ese minucioso trabajo de recopilación, al señalarle Ramírez que esa labor era más importante y meritoria que el trabajo del historiador mismo, ya que éste necesita del trabajo del compilador para continuar sus investigaciones, además, en su opinión, el trabajo del compilador no era humilde, sino noble y más meritorio, que el del historiador mismo porque, en su opinión:

Contra el trabajo del historiador luchan el tiempo,
las ideas, el gusto y aun el capricho de los hom-
bres; cada siglo ve emerger una nueva historia que

17 Carta de José Fernando Ramírez a Isidro Rafael Gondra, Durango, 1° de enero de 1850. *Ibidem*, pp. 125-126.

18 Para entonces Joaquín García Icazbalceta tenía 25 años y José Fernando Ramírez 46. Carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, 22 de enero de 1850. *Ibidem*, p. 133.

hace olvidar la precedente con el nombre de su autor, más el del compilador crece con el tiempo y pasa a través de todas las generaciones llevando la antorcha que guía al escritor y que ilumina al que la porta.¹⁹

Ramírez y el propio García Icazbalceta tenían conocimiento de los trabajos de recopilación que realizaban varios eruditos y coleccionistas europeos, autores de repertorios bibliográficos muy importantes. Por eso Ramírez le señaló a García Icazbalceta que:

Sólo México se ha quedado en el punto que lo dejó hace un siglo justo, el *Ilmo. Barcia* [con su *Epítome de la biblioteca oriental i occidental...*, publicado entre 1737-1738]; sólo México –señalaba Ramírez– no posee una colección propia de fuentes históricas; y para lo poco que tiene, ha necesitado que la civilización extranjera rebozara aprovechándose de sus desperdicios. Siendo esta, pues, nuestra verdadera situación, ¿No juzga U. tan útil como gloriosa la empresa que ha acometido? ¡Ojalá y que yo tuviera medios para desempeñarla!²⁰

Las palabras del señor Ramírez a García Icazbalceta, aunadas a la insistencia de su cercano amigo el librero y editor José María Andrade, reafirmaron la convicción del joven bibliógrafo de que correspondía a los mexicanos la responsabilidad de salvaguardar sus fuentes documentales y escribir su historia. Con los consejos y confianza que le dieron Ramírez y Andrade a García Icazbalceta, éste continuó con su estrategia de establecer comunicación epistolar con personajes ubicados en archivos y bibliotecas que lo

19 Carta de José Fernando Ramírez a Joaquín García Icazbalceta, Durango, 4 de octubre de 1850. *Ibidem*, pp. 140-141.

20 *Ibidem*, p. 141.

pudieran ayudar para obtener copia de documentos relativos a la historia antigua de México, en especial, en acervos españoles.

En agosto de ese mismo año de 1850 escribió al académico español Pedro Sainz de Baranda y San Juan de Santa Cruz (1797-1853), en ese entonces bibliotecario de la Real Academia de la Historia de Madrid, para solicitar copia de varios documentos relativos a la historia de México resguardados en dicha corporación. Cartas que están entre los primeros pasos de García Icazbalceta para lograr su objetivo de recopilación de fuentes históricas mexicanas fuera de México, a lo que dedicó buena parte de su vida, recursos e infinidad de esfuerzos, asumiendo así su destino de “peón”, de constante y arduo trabajo, lo que a la postre significó la recuperación de una parte importante de nuestro patrimonio bibliográfico y al menos tener un registro confiable del mismo.

Libros y amistad. José María Andrade, librero, editor y bibliófilo

Una pieza fundamental para García Icazbalceta en el desempeño de su quehacer bibliográfico y sus esfuerzos de recopilación de fuentes documentales fue precisamente su estrecha amistad con el librero, editor y bibliófilo José María Andrade (1807-1883), quien lo ayudó e impulsó en sus investigaciones, reflexiones y elucubraciones, por ello, conviene poner en relieve la figura de este personaje tan cercano a él. Reconocido como uno de los más importantes libreros mexicanos del siglo XIX, destaca para este caso en particular el haber sido el intermediario en la comunicación entre Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez, relación que dio origen a estrechos y duraderos lazos amistosos entre estos tres personajes, unidos por su afán de reunir y rescatar impresos y manuscritos históricos mexicanos, sin importar la diferencia de edades

entre ellos, ni sus diversas opiniones sobre sucesos históricos o políticos de su época.

Andrade nació en los Llanos de Apan, hoy estado de Hidalgo, el 21 de octubre de 1807, dos años menor que Ramírez y dieciocho mayor que su amigo Joaquín. Sus padres fueron José Juan Cayetano Andrade y Guerra (1759-1821), español –del pueblo de Marchena, en Andalucía– y María Manuela Pastor y Montes (1775-1841), poblana. José María tuvo varios hermanos, Agustina, Dolores, Francisco, Vicente y Manuel. La familia Andrade se trasladó a la Ciudad de México en donde José María inició sus estudios primarios, mismos que tuvo que suspender por la muerte de su padre. Esto lo obligó a tener que trabajar desde muy joven en algunas haciendas y casas comerciales. En 1839 participó como interventor en el concurso de la librería de Mariano Galván Rivera, fue entonces cuando se interesó más por los libros y el negocio de la librería. José María Andrade, hombre trabajador, buscó la forma de adquirir dicha librería, recurrió a diversos préstamos e incluso a la venta de alguna de sus propiedades; finalmente en 1846 compró la librería de Galván Rivera.²¹

Andrade contrajo matrimonio en 1848 con Rosa Boneta y Pastor, prima hermana por la parte materna, no tuvieron descendencia. Desafortunadamente el matrimonio sólo duró diez años, pues doña Rosa falleció en 1858. Andrade pasaba sus días dedicado a su “Negociación de Librería”, establecida en el Portal de Agustinos número tres, ahí atendía esmeradamente a su clientela. Muy conocida fue su librería, ya que se convirtió en el lugar de reunión de muchos amigos, quienes compartían el gusto por las letras y los libros o como ellos mismos decían sus “entretenimientos literarios”. José María Andrade debió ser una persona justa y honesta, merecedora de la confianza de múltiples personajes, cualidades que contribuyeron, no

21 Archivo General de Notarías de la Ciudad de México (en adelante AGNCDMX), notario 160, Ramón de la Cueva, 1846, fs. 882v-891v.

sólo para recibir varios nombramientos de albacea, sino también para ganarse clientes y amistades duraderas.

En 1854, Andrade junto con su amigo, el impresor, Felipe Escalante compraron la imprenta de la calle de Cadena número 13, propiedad del reconocido impresor catalán Rafael Rafael (1817-1882), operación que realizaron por intermedio del apoderado de éste, el presbítero Francisco Javier Miranda. La venta de la imprenta incluyó “todas las existencias de prensas, letra, papel, obras impresas, muebles, mejoras, traspaso de la casa y cuantos otros útiles” tenía.²² En dicho lugar se había realizado la impresión de los 10 tomos del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, entre muchas otras obras.

La intensa actividad empresarial de Andrade, como librero y editor, se puede observar en las varias compañías que estableció con distintos socios. Tan sólo cuatro años después de haber adquirido la imprenta de Rafael Rafael, formalizó en julio de 1858, una sociedad de comercio, en el ramo de librería, con el español Pedro Guillet, la cual fue conocida con la razón social de “Andrade y Guillet”. Andrade como el socio capitalista se comprometió a entregar a Guillet todas las existencias en libros que tenía en su librería, en las bodegas de la casa número 2 de la calle de Cadena y lo que tuvieran sus corresponsales fuera de la capital. Por su parte Pedro Guillet contribuiría a la sociedad con su “trabajo e industria sin obligación de introducir fondo alguno”, encargándose además de la administración de la compañía, la que duró sólo dos años.²³ En 1860, Andrade inició una nueva compañía de comercio en el mismo giro de librería, esta vez con el español Manuel Morales,²⁴ en esta ocasión la razón social quedó

22 AGNCDMX, notario 722, Francisco Villalón, 1854, fs. 185v-190.

23 AGNCDMX, notario 612, José María Ramírez, 1858, fs. 82v-83v. Véase también Zahar Vergara, 1995, p. 54.

24 En la formalización de esta negociación, el señor Morales presentó su carta de seguridad como ciudadano español, expedida por el Ministerio de Relaciones Exteriores, el 2 de marzo de 1860. Se

como “José Ma. Andrade y Cía”. Los términos y condiciones fueron casi iguales que los de la anterior sociedad formada con Pedro Guillet.²⁵

Andrade, hombre discreto y modesto, no le gustaba aparecer con “letras de oro”, en esto y en otras muchas cosas coincidió con su buen amigo Joaquín García Icazbalceta. Colaboró en numerosas empresas editoriales, apoyó a mucha gente, pero no figuró como autor, y lo poco que escribió de su puño y letra casi no se conoce. En 1852, contribuyó con algunas adiciones a la continuación de la *Cronología de los virreyes de la Nueva España, comenzada por don Diego Panes y continuada desde 1789 hasta 1821 por don Joaquín García Icazbalceta y don Antonio Rodríguez Galván...*, (México, 1880). En 1853, escribió más de 30 artículos para el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, con datos biográficos de los virreyes y obispos. Además de ser editor de esta voluminosa obra que se vendía muy bien en su librería.

Lo mismo pasó con los puestos públicos que desempeñó, poco se sabe de ellos, pero en 1836 y 1840 fue Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México. En 1842 fue miembro de la Junta Departamental. En 1852, Andrade era Presidente del Tribunal Mercantil. En 1854 al triunfo del Plan de Ayutla, y debido a sus ideas conservadoras, su imprenta fue quemada, en ella se publicaba el periódico *El Universal*; en ese entonces se le confinó en Zumpango

tienen pocos datos de este socio de Andrade, con quien estuvo asociado por muchos años en la librería. Por lo menos desde este año de 1860 hasta 1883 año en que falleció Andrade. Morales continuó con la librería bajo la razón social de Andrade y Morales, Sucesores, hasta que murió en 1892.

- 25 Andrade sería el socio capitalista y Morales contribuiría con su trabajo y sin obligación de introducir fondo alguno pero tendría a su cargo la administración y recibiría 80 pesos mensuales para sus gastos. La sociedad sería por cuatro años forzosos a partir del 1° de octubre de 1860 con opción a prórroga. AGNCDMX, notario 426, Francisco Madariaga, 1860, fs. 133-134v.

de la Laguna, de donde pudo salir gracias a la ayuda que le prestaron José María Lafragua y Guillermo Prieto, aunque sólo para ser llevado por una temporada al pueblo de Tlalpan, hasta que obtuvo su libertad.²⁶ Pocos años más tarde, en 1859, sería nombrado Consejero del presidente Félix Zuloaga y representante de éste en Sinaloa.

El círculo de amigos del librero, editor e impresor José María Andrade era muy amplio, muchos de ellos se conocían entre sí o al menos sabían de los temas de discusión y de las investigaciones en las que andaban. Ya se había mencionado a José María Lafragua y Guillermo Prieto como parte de esos amigos. Otro buen amigo suyo fue el político e historiador Lucas Alamán, a quien invitaba a comer a su casa de campo en Tlalpan, ahí pasaban algunos fines de semana enteros comentando asuntos de libros, de la venta de sus publicaciones o sobre cuestiones políticas, en las que no siempre estaban de acuerdo.²⁷ Otro de sus amigos era el literato, político, escritor y director del Museo Nacional, Isidro Rafael Gondra, uno de los fundadores del Ateneo Mexicano (1840) y promotor de publicaciones periódicas como *El Mosaico Mexicano* (1836). No puede faltar en la lista de sus amigos el ya mencionado abogado, político e historiador José Fernando Ramírez, quien sucedió a Gondra en la dirección del Museo Nacional. Todos eran asiduos clientes de la librería de Andrade. Gracias a esta amistad y al conocimiento de sus intereses intelectuales como de las inquietudes relativas a sus indagaciones sobre cuestiones históricas y bibliográficas fue que José María Andrade pudo entender la conveniencia

26 Su sobrino Vicente de Paul Andrade, bajo el seudónimo de Florencio Sánchez San Román, publicó la biografía de su tío José María, 20 años después de su fallecimiento, "Datos para la biografía del Sr. D. José María Andrade", *El Tiempo. Diario Católico*, 1904, pp. 1 y 4. Véase también Castro, 2003, pp. 381-435.

27 Carta de José María Andrade a Lucas Alamán, México 16 de marzo de 1850. "Autógrafo del señor D. José Ma. Andrade", *El Tiempo Ilustrado*, 1904, pp. 580-581.

del establecimiento de los vínculos que podían desarrollarse si Joaquín García Icazbalceta respondía la carta de José Fernando Ramírez a Isidro Rafael Gondra. Percepción que el futuro confirmó con creces.

Andrade y Ramírez se conocían con anterioridad a esa carta de 1850. Seguramente que establecieron una buena amistad con las recurrentes visitas de Ramírez a la librería de Andrade. Sabemos que se escribían frecuentemente, compartían amistades, como es el caso del abogado e historiador, Manuel Orozco y Berra (1816-1881), –quien también fue Director del Museo Nacional entre 1864 y 1867– entre otros hombres de letras o interesados en ellas, todos reunidos en torno a la librería del Portal de Agustinos número tres. Como antes se mencionó, en 1847, Ramírez, Andrade y algunos otros amigos escondieron documentos importantes del Archivo Nacional para resguardarlos de los peligros de posibles sustracciones o pérdidas que pudieran ocurrir ante la invasión norteamericana, con la idea de reintegrarlos después al mismo lugar.

En cuanto a Joaquín García Icazbalceta, muy posiblemente conoció a José María Andrade, antes de 1846, suponemos que por esos años sería un visitante frecuente de su librería, ya que el joven Joaquín iniciaba con mayor ahínco sus estudios sobre la historia de México y la bibliografía respectiva, consecuentemente, empezaba a formar su propia colección de libros y documentos, así como de obras del siglo de oro de la literatura española. Comparían muchas inquietudes e ideas, ya que coincidían en la forma de pensar, en sus actividades filantrópicas, en ser hijos de padre español y madre mexicana. Ambos fueron miembros muy activos de las llamadas Conferencias de San Vicente de Paul, una organización laica que formó parte de una corriente que buscaba una renovación religiosa durante la segunda mitad del siglo xix. Fundada en México –la de hombres en 1845 y la de mujeres en 1863– por iniciativa del doctor Manuel Andrade, hermano de José María, cuya labor principal se centraba en proporcionar

instrucción católica, educación y obras de caridad a las familias pobres, los enfermos y los presos.²⁸ Cabe señalar que García Icazbalceta fue presidente del Consejo Superior de la Conferencia, entre 1886 y 1894. En este sentido, está de más mencionar que ambos amigos pertenecían a familias sumamente católicas, defensoras de la religión y de la unión familiar. Muestra de la amistad y confianza que se tenían, es el hecho de que en 1852, al morir Eusebio García, padre de don Joaquín, fue el librero Andrade quien elaboró el avalúo de sus libros.

Su inclinación por la historia y los libros lo llevó a dedicarle mucho tiempo a copiar valiosos documentos, a completar ejemplares truncos, a traducir opúsculos y a dar a conocer manuscritos y libros antiguos. Las bibliotecas de ambos estuvieron entre las más valiosas y reconocidas del siglo XIX. Emprendieron diversos trabajos editoriales, tenían un gusto especial por la tipografía, los dos tuvieron imprenta, por supuesto que Andrade estaba dedicado de lleno a su librería y a su imprenta; mientras que la actividad principal de García Icazbalceta era atender sus haciendas y comercializar los productos derivados de la caña de azúcar, por lo que solamente podía dedicar algo de su tiempo libre a sus estudios históricos, a la edición de documentos y diversas obras, entre ellas, su importante *bibliografía mexicana del siglo XVI*. En cuanto a su vida privada, ambos habían quedado viudos prematuramente, Andrade en 1858, sin llegar a tener hijos, mientras que García Icazbalceta enviudo en 1862, con la diferencia que él y su esposa, Filomena Pimentel y Heras, tuvieron dos hijos, Luis y María. Otro vínculo de su amistad fue que ninguno de los dos volvió a casarse.

Otro amigo cercano de José María Andrade fue el diplomático y político mexicano José María Gutiérrez de Estrada (1800-1867) quien en 1863 formó parte de la comisión que asistió al Castillo de Miramar (Trieste, Italia) para

28 Arrom, 2006, pp. 69-97.

ofrecer el trono de México a Maximiliano de Habsburgo. Cuando Gutiérrez de Estrada se encontraba viviendo en Roma, en el Palacio Marescotti, nombró a finales de 1860 a José María Andrade como su “apoderado general y especial” para que lo representara en México en los “negocios, juicios, cobros, ventas, conciliaciones, acuerdos, actos públicos o privados”; depositando en él toda su confianza, de la misma forma sucedió con su hijo Fernando, quien también lo nombró su apoderado.²⁹

Por su parte, Andrade viajó a Europa a principios de 1861, no sin antes otorgar poder amplio, en enero de ese año, a su amigo el impresor Felipe Escalante,³⁰ para que a su nombre se encargara de la administración de la librería y, algo muy significativo, recibiera, abriera y contestara su correspondencia. Acto de suma importancia para sus negocios y relaciones familiares y sociales en general, si se tiene presente que a fin de cuentas era el único medio por el cual podía saber sobre la marcha de su bien surtida librería, lo que sucedía con sus familiares, y sobre lo que sucedía en su amada patria.³¹

En Europa, Andrade se dedicó a recorrer librerías, visitar bibliotecas, comprar libros, establecer tratos comerciales con comisionistas que pudieran surtir sus pedidos y visitar a personas conocidas. Inmediatamente estableció comunicación epistolar con su amigo Joaquín para ponerse a sus órdenes para cualquier cosa que pudiera encargarle, no sólo libros, sino también enseres personales, como fue el caso de un aderezo de joyería que le pidió para su esposa, o el que pudiera visitar a algunos de los familiares de su amigo residentes en el puerto de Cádiz, España. La mayor parte de los temas de sus cartas

29 AGNCDMX, notario 169, Ramón de la Cueva, 1861, fs. 115-126v.

30 En 1867, Felipe Escalante vivía en la calle de los Bajos de San Agustín número 1. Para febrero de 1881 Escalante de 56 años, estaba casado con Josefa Riesgo. AGNCDMX, notario 722, Francisco Villalón, 1867, fs. 42-45.

31 AGNCDMX, notario 169, Ramón de la Cueva, 1861, fs. 39v-40v.

eran en relación a la adquisición de libros, comentaban sobre las relaciones entre México y España, de la opinión de la prensa extranjera sobre diversos asuntos políticos y de los acontecimientos recientes en el país.³²

Andrade regresó a México en los primeros meses de 1862, casi al inicio de la segunda intervención francesa en suelo mexicano. Al año siguiente, el 16 de junio de 1863, el mariscal francés Frédéric Forey expidió un decreto para formar la Junta Superior de Gobierno, la cual finalmente se estableció el 22 de junio, compuesta por 35 personas designadas por el Ministro Alphonse Dubois de Saligny. Entre sus funciones estaba nombrar a 3 ciudadanos mexicanos para ejercer el Poder Ejecutivo y dos suplentes, además de 215 individuos que junto con los 35 anteriores formarían la “Asamblea de Notables”, su objetivo sería decidir la forma política que debía adoptar la nación. Andrade participó en esta Junta Superior de Gobierno como secretario, junto con Alejandro Arango y Escandón y como presidente Teodosio Lares. La comisión concluyó su trabajo con la propuesta de que “la nación mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria con un príncipe católico”.

De distintas formas Andrade colaboró con el imperio de Maximiliano. En julio de 1863 recibió la encomienda de parte del emperador de visitar los establecimientos de beneficencia y corrección existentes en la Ciudad de México y realizar un informe detallado del estado de los mismos, recorrido que realizó junto con su amigo Joaquín García Icazbalceta, quien además se encargó de redactar el informe final de estas visitas para presentarlo al emperador Maximiliano en julio de 1864, es de señalarse que

32 Andrade pasó periodos difíciles fuera de México, preocupado por su familia y sus negocios, siempre mostrando su desagrado por estar lejos de su país, en una ciudad “demasiado alegre” como le parecía que era París. Regresó de su exilio a principios 1862.

dicho informe permaneció inédito hasta que en 1907 lo publicó Luis García Pimentel.³³

En 1865, fue nombrado miembro de la Junta de Desagüe. Algo a destacar es que a finales de este año José María Andrade también aceptó vender al Emperador su colección completa de libros de historia mexicana y diversos temas, un total de 4 484 obras en varios volúmenes, con la idea de que sería el fondo de origen de la “Biblioteca Imperial” que aspiraba establecer el emperador Maximiliano.³⁴

Su participación en el segundo imperio le acarreó serios problemas. En 1867, a la caída de ese régimen, Andrade se vio obligado a salir nuevamente del país para exiliarse en Europa hasta 1870. Lo mismo le pasó a su amigo José Fernando Ramírez, activo colaborador con el Imperio de Maximiliano, quien abandonó el país en enero de 1867 rumbo a España. Para finalmente exiliarse en Bonn, Alemania, llevando la parte más preciada de su colección de libros sobre México, pero la suerte de Ramírez fue muy distinta a la de su amigo José María, como veremos más adelante.

Durante los tres años de exilio, Andrade se estableció en París y desde ahí escribe frecuentemente a su amigo García Icazbalceta para darle noticia de las novedades editoriales y de algunas subastas de libros europeas. También le envía recortes de periódicos con las noticias del fusilamiento de Maximiliano, con la opinión de las naciones europeas acerca de las medidas que tomó el presidente Benito Juárez sobre este asunto, así como externar su tristeza de estar tan lejos de su familia, sus amigos y de su patria.³⁵ En París, tuvo varios encuentros con don Fernando Ramírez, quien viajó desde Bonn varias veces para consultar la Biblioteca Imperial francesa y copiar documentos. Andrade mencionaba en sus cartas a don Joaquín la preocupación

33 García Icazbalceta, 1907.

34 “Una notable biblioteca”, *La Iberia*, 1869, p. 1.

35 Rivas Mata y Gutiérrez López, *De puño y letra. Catálogo de la correspondencia de Joaquín García Icazbalceta, 1844-1894*, 2025.

que le causaba ver a don Fernando tan abatido, triste, disminuida su salud y confundido en los múltiples asuntos que estaba trabajando sin poder concluirlos.

Andrade, por su parte, combatía la tristeza de su exilio viajando. Visitó la Feria de Sevilla, fue a Cádiz, Córdoba, Málaga, Granada y Madrid, ahí se enteró de que su buen amigo José María Gutiérrez de Estrada se encontraba muy grave, esto lo decidió regresar a París para verlo antes de morir en el mes de mayo. Otra noticia sumamente triste que recibió Andrade durante su segunda estancia en Europa fue la subasta de "su preciada biblioteca", la cual fue rematada en la ciudad de Leipzig, Alemania, en 1869. Recordemos que Andrade la había vendido con la idea de que formaría parte de la "Biblioteca Imperial" que había pensado establecer Maximiliano. A la caída del imperio y los sucesivos acontecimientos, Andrade estaba descorcertado sin saber cual sería el destino de su colección; no obstante, abrigó la esperanza de que si sus libros salían de México como parte de las pertenencias del emperador pasarían a formar parte, cuando menos, de la Biblioteca de Viena, pero no fue así. Como se sabe, por intermediación del padre Agustín Fischer, capellán del emperador Maximiliano, los 4,484 títulos, que en número de volúmenes alcanzaban la cifra cercana a 7 mil, fueron sacados de México y transportados a Leipzig para ser dispersados en una subasta pública.³⁶

A su regresó a México, en 1870, Andrade continuó al frente de su afamada librería. Sus aficiones librescas, su oficio de librero y su interés por la historia de México lo llevaron a formar una segunda biblioteca mexicana, aunque no tan valiosa como la primera, la cual heredó a su sobrino el sacerdote y bibliógrafo Vicente de Paul Andrade.³⁷

36 Castro, 2001, pp. 285-293.

37 Sánchez San Román, Florencio [seudónimo de Vicente de Paul Andrade], 1904, pp. 1 y 4.

Cinco años más tarde, en 1875, Andrade realizó su tercer viaje a Europa. Esta vez acompañó a las últimas Hermanas de la Caridad que quedaban en México, una vez decretada su expulsión por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, en 1874. Consecuente con sus ideas conservadoras, su práctica como ferviente católico y sus principios morales, tomó la decisión de ir con ellas. Además, porque su hermano Manuel, médico y padre de Vicente de P. Andrade, había sido uno de los promotores de su establecimiento en el país. Después de haber estado en Francia, especializándose, el doctor Andrade quedó impresionado de la labor que desempeñaban las Hermanas de la Caridad en los hospitales, de ahí que a su regreso a México impulsó su establecimiento en esta ciudad, así como la formación de la primera Conferencia de San Vicente de Paul.

Por otra parte, José María Andrade participó activamente en la vida intelectual de la segunda mitad del siglo XIX de muy diversas formas. Antes mencionamos su decisiva participación en la edición de una de las obras colectivas más importantes de ese siglo, el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, en 10 volúmenes, los tres últimos dedicados a México, publicados entre 1853 y 1856, junto con Manuel Orozco y Berra; obra en la que participaron destacados autores, de la larga lista citamos a José María Bassoco, Lucas Alamán, José María Lafragua, José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta, José María Lacunza, entre otros.

La contribución de Andrade a la vida literaria mexicana fue más allá de las numerosas ediciones que salían de su imprenta, se acrecentó con sus aportaciones desde el mostrador de su librería, compartiendo sus amplios conocimientos bibliográficos, así como ejemplares únicos y raros de su colección particular de impresos y manuscritos mexicanos con sus asiduos clientes y amigos. También participó, entre otras cosas, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística como socio honorario y en la Junta

Directiva de la Academia de San Carlos (1852); así como en la publicación de diversos periódicos de la Ciudad de México, como *La Sociedad*, *La Cruz*, *La Iberia*.

En el último año de su vida, José María Andrade padeció de un cáncer en la cara, enfermedad que acabó con él, el primero de diciembre de 1883. Este acontecimiento entristeció a su familia, a sus amigos, como a todos los hombres de letras que le conocieron, asiduos clientes de su librería, beneficiarios de sus amplios conocimientos en impresos de historia de México. Entre los más cercanos estaba Joaquín García Icazbalceta, quien en ese mismo mes de diciembre escribió a su corresponsal en París, el señor A. Donnamette, una sentida carta para comunicarle el fallecimiento de Andrade y comentarle: “La pérdida me deja un vacío que no podré llenar: fuimos amigos íntimos treinta y cuatro años, y le debí muchos favores”.³⁸ El generoso señor Andrade le obsequió, entre otras cosas, varios impresos inéditos o poco conocidos que don Joaquín editó bellamente.

Libros, entre el exilio y la dispersión

Los lazos indisolubles del triángulo amistoso e intelectual que formaron José Fernando Ramírez, José María Andrade y Joaquín García Icazbalceta quedaron plasmados en sus correspondencias, en aquellas cartas que intercambiaron en años muy difíciles de conflictos políticos y crisis económicas del país, de exilios y dispersión de dos de las bibliotecas particulares mexicanas más valiosas. García Icazbalceta sufrió la pérdida de sus dos entrañables amigos, Ramírez en 1871, Andrade en 1883, y por muchos

38 Carta de Joaquín García Icazbalceta a A. Donamette, México, 16 de agosto de 1883. Rivas Mata y Gutiérrez López, *De puño y letra. Catálogo de la correspondencia de Joaquín García Icazbalceta, 1844-1894*, en prensa.

años más continuó deplorando lo sucedido con sus colecciones de libros las que conocía muy bien. Subastadas ambas en Europa, por intermediación del sacerdote Agustín Fischer: la de Andrade en Leipzig en 1869,³⁹ y la de Ramírez en Londres en 1880.

Nos hemos referido a la constante labor de recuperación, edición y difusión de documentos e impresos históricos mexicanos que realizaron los tres destacados hombres de letras, que unidos por su dedicación a la historia y el aprecio por los libros, estrecharon duraderos lazos de amistad y colaboración desinteresada. Es por ello que, no resulta una mera coincidencia que cada uno de ellos haya reunido una nutrida colección de documentos y libros a la par que avanzaban en sus estudios. Colecciones de las que se beneficiaron muchos otros historiadores, científicos y académicos, por lo que son consideradas entre las bibliotecas mexicanas más importantes del siglo xix integradas con obras mexicanas o relativas al país, con diversos temas y periodos. Mismas que despertaron el interés de historiadores, libreros, bibliófilos y adinerados coleccionistas asiduos a las subastas de libros y documentos llevadas a cabo, principalmente, en Europa y Estados Unidos, en plena época de oro del coleccionismo y del desarrollo del conocimiento bibliográfico, en medio de la expansión de un

39 Cuando se supo en la Ciudad de México que la rica biblioteca de Andrade se había subastado en Europa, hubo muchas críticas para Andrade, aunque como ya mencionamos no la realizó él. En su defensa se publicó un artículo firmado por Manuel Morales, socio de Andrade, en el cual señalaba que la biblioteca de Andrade era “una magnífica biblioteca mexicana cual acaso no vuelva a verse otra en el país, y que la franqueaba tan generosamente a sus muchos amigos y a cuantos lo solicitaban, que más parecía biblioteca pública, que colección de un particular. Su mayor deseo era que esa colección se conservase reunida, y creyó que el mejor medio de lograrlo era aceptar la proposición que se le hizo de venderla al príncipe Maximiliano, aunque por un precio bien inferior al costo”. Morales, 1869, pp. 2-3.

boyante mercado del libro antiguo, muy especialmente, de los primeros impresos mexicanos en lenguas indígenas.

En el caso de José Fernando Ramírez, ya se había mencionado que su primera colección de libros, cerca de 6 mil libros mayoritariamente de temas de Jurisprudencia, se la vendió al gobierno de Durango, (1851) y conservó los de historia de México y geografía de América. Cerca de 2 000 volúmenes, que empacó en 20 cajones para trasladarlos a la Ciudad de México cuando fue nombrado para ocupar la cartera de Relaciones Exteriores. En 1852, el señor Ramírez dejó su puesto en el Ministerio y se fue a dirigir el Museo Nacional, quería dedicarse a estudiar la historia antigua del país y consideró que no había mejor lugar para ello que dicho museo. Pero por diversas cuestiones políticas y por los diferentes cargos públicos que ocupó sus estudios se interrumpían constantemente, aunque su gusto por seguir adquiriendo libros siempre estuvo presente y su colección no dejó de crecer. García Icazbalceta la consultaba con mucha frecuencia, por lo que llegó a conocerla como si fuera suya y se alegró de que Ramírez no hubiera abandonado los “instrumentos de su arte” cuando vendió la primera parte de sus libros en Durango.

Varios destierros sufrió Ramírez a causa de su participación en los diferentes gobiernos y sucesivos cambios políticos. En 1854 por orden de Antonio López de Santa Anna estuvo confinado en la hacienda de la Noria, en Guanajuato, de ahí decidió autoexiliarse y salió de México en 1855. Se fue a Europa y regresó en 1856, trajo consigo muchos libros que adquirió en su viaje. Para 1858 tenía en su biblioteca 8,178 volúmenes, en su casa de la Merced núm. 28 muy cerca del escritorio comercial y casa de la familia García Icazbalceta.

Ramírez pasó algunos años alejado de la política y retomó sus inclinaciones y gustos literarios, así como las charlas y discusiones históricas con sus amigos. Su comunicación era constante, aun estando fuera de la Ciudad de México, las cartas los mantenían al tanto de sus vidas y

adquisiciones de libros, temas de investigación y proyectos editoriales. En 1863, Ramírez era curador del Museo Nacional y director de la Biblioteca Nacional, su colección había crecido tanto y su casa era tan vieja que la tuvo que remodelar y encajonar sus libros, lo que resintieron mucho sus más cercanos amigos.

Un año más tarde la vida de Ramírez cambiaría para siempre ya que en 1864 aceptó colaborar con el segundo imperio, como Ministro de Relaciones,⁴⁰ con la convicción de contribuir de esa manera a la estabilidad del país. No obstante sus diferentes posturas políticas, durante casi tres años, colaboró con el emperador, diferencias que ante la inminente caída del imperio, lo llevaron a renunciar a su puesto, sin imaginar lo caro que pagaría su participación política con ese régimen.

El 15 de enero de 1867, salió de México con algunos miembros de su familia, llevando consigo lo que él mismo llamaba “la parte Americana” de su biblioteca;⁴¹ el resto, cerca de 7 mil volúmenes los dejó en manos de sus familiares en la Ciudad de México. Se dirigió a Europa, llevando su “predilecta mitad” esa parte de su colección que le

40 La forma como se convenció a algunos personajes a participar con el segundo imperio lo relató José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar (1826-1896), político y diplomático mexicano, miembro del grupo de monárquicos que ofreció el trono a Maximiliano de Habsburgo como emperador de México, quien pasado el tiempo, relató la entrevista que sostuvo con la emperatriz Carlota después de que estos monarcas lo destituyeron de su puesto de embajador mexicano en Francia, con el objeto de ofrecerle como premio de consolación aceptara ser consejero de estado, lo cual rehusó y causó el enojo de Maximiliano. En su relato José Manuel Hidalgo refirió que “cuando él [Maximiliano] no podía obtener algo, encargó a la Emperatriz me convenciese que aceptase el puesto”. Es posible que algo parecido haya sucedido con José Fernando Ramírez, pues, como han señalado algunos historiadores, quien lo convenció de aceptar el cargo que ocupó fue Carlota. Iturriaga de la Fuente, 1992, p. 67; *Un hombre de mundo escribe sus impresiones...* 1978, pp. 93-94.

41 *Libros y Exilio*, 2010, p. 48.

serviría para seguir investigando y estudiando los temas de la historia de México que más le interesaban. Estuvo en Sevilla, Cádiz, París y finalmente se estableció en Bonn, junto con su hija y familia. Ahí esperó a que llegaran los cajones con sus libros, “los instrumentos de su arte”.

Tenía la intención de escribir la historia del Imperio y muchos planes más. Hacía viajes ocasionales a París para reunirse con su querido amigo José María Andrade, consultar bibliotecas y archivos, lo mismo que en Sevilla y Madrid. Pero sus ánimos fueron decayendo, las noticias que recibía de México y las críticas de las que fue objeto, las multas que le impuso el gobierno por haber colaborado con los invasores, los problemas de la familia, fueron deteriorando su salud, sin la esperanza de poder regresar a México. El 4 de marzo de 1871 fallecía el señor Ramírez, en Alemania. Para junio de ese mismo año el buque “Medina” transportó el féretro forrado de zinc con el cuerpo del historiador y político, junto con los 70 cajones que contenían sus libros (cerca de 6 mil). Regresó a su patria tal como salió de ella, acompañado de su “predilecta mitad”. Nunca se imaginó la suerte que correrían él y sus libros.

La nutrida biblioteca del abogado Ramírez la vendieron sus familiares, en particular su hijo José Hipólito. Aunque García Icazbalceta les hizo una oferta ésta no fue aceptada. Fue comprada por el también abogado e historiador Alfredo Chavero (1841-1906), quien por falta de recursos, poco tiempo después, la vendió al comerciante Manuel Fernández del Castillo cuyo principal propósito fue hacer negocio con “la predilecta mitad” para tener una jugosa ganancia. Para ello se asesoró con un experto en libros mexicanos, el sacerdote Agustín Fischer, personaje que lo convenció de subastarla en París, a donde se llevaron los libros, salvo una parte que conservaron los familiares de Ramírez. En la capital francesa estuvieron encajonados por varios meses, mientras Fischer hacía el catálogo para su venta. En tanto elaboraba dicho catálogo pidió la opinión del bibliógrafo Henry Harrisse sobre

la conveniencia de subastarla en París y éste personaje lo desalentó argumentando la falta o los pocos interesados que había en Francia en ese tipo de obras. De ahí que Fischer decidió llevar el lote más valioso de la colección a la ciudad de Londres, donde se subastaron 933 títulos, en 1880.

Las epístolas que mediaron entre el abogado Ramírez, el librero Andrade y el bibliógrafo y peón García Icazbalceta durante los difíciles años de exilio de los dos primeros, fueron para don Joaquín de mucha preocupación, tristeza y desasosiego ante la incertidumbre de lo que pudiera ocurrirle a sus amigos y a sus bibliotecas. Andrade logró regresar y retomar sus actividades y negocios, aunque no la pasó bien al saber que su biblioteca había sido subastada mientras él se encontraba en París. Muy probablemente, Andrade también quiso adquirir algunos libros de su amigo don Fernando, pero tampoco tuvo esa oportunidad. Ambos, García Icazbalceta y Andrade resintieron mucho este hecho y tenían temor que otras bibliotecas mexicanas tuvieran la misma suerte. Don Joaquín reveló a uno de sus corresponsales el dolor que le había causado la venta de la colección Ramírez, sobre todo porque sentía que debía haber sido suya, o al menos que ese tesoro quedara en suelo mexicano.

Viendo lo sucedido con esas y otras colecciones, García Icazbalceta trató de proteger su valiosa colección de impresos y manuscritos. Pensó que al heredarla a sus dos hijos, Luis y María, la acrecentarían y aprovecharían, como en realidad sucedió. Pero su destino cambió a raíz del movimiento revolucionario, de los años de 1910 a 1920. Durante esos años, Luis García Pimentel, para entonces único propietario de la colección de su padre y que él mismo había podido acrecentar al añadirle cerca de 8 mil volúmenes, perdió gran parte de sus haciendas azucareras, lo cual afectó significativamente sus negocios, razón por la cual decidió vender parte de la colección en pequeños lotes. Cuando faltó Luis García, sus herederos, tal vez agobiados por cuestiones económicas, o porque

sus intereses de estudio eran otros, decidieron vender la parte más valiosa, incluidos los manuscritos y primeros impresos del siglo xvi, a la Universidad de Texas. Otros lotes los venderían en distintos momentos y a distintas instituciones. Otra parte quedó en manos de varios familiares.

Palabras finales

La azarosa vida política, social e intelectual del siglo xix marcó significativamente a instituciones y personas, pero como hemos visto, esto no impidió que se realizaran valiosos aportes y notables sucesos “literarios”. El triángulo amistoso e intelectual que hemos descrito, entre el abogado, el librero y quien decidió ser un peón del rescate de manuscritos del siglo xvi, es un claro testimonio de esos valiosos aportes y notables sucesos “literarios”. Vinculados por el interés de recuperar las fuentes históricas mexicanas, intercambiaron conocimientos, hablaron de libros, de autores, de ediciones y con sus estudios y escritos enriquecieron la historia y la bibliografía del México de la segunda mitad decimonónica.

Bibliografía

- Arrom, Silvia Marina. “Filantropía católica y sociedad civil: los voluntarios mexicanos de San Vicente de Paúl, 1845-1910”. *Revista Sociedad y Economía*, 10 (2006): 69-97.
- “Autógrafo del señor D. José Ma. Andrade”, carta de José María Andrade a Lucas Alamán, México 16 de marzo de 1850. *El Tiempo Ilustrado*, año IV (193) (1904): 580-581.
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis *et al.* *Cueva de la Candelaria*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública, 1956.

- Castro, Miguel Ángel. "Un par de lecturas posibles del *Catálogo de la Biblioteca de José María Andrade*". En Laura Suárez de la Torre, coord., *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, edición de Miguel Ángel Castro. México: Instituto Mora, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Castro, Miguel Ángel. "José María Andrade, del amor al libro". En Laura Suárez de la Torre, coord. *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la Ciudad de México, 1830-1855*. México: Instituto Mora, 2003.
- De la Torre Villar, Ernesto. "Advertencia al tomo Primero". José Fernando Ramírez, *Obras históricas I Época prehispánica*, pp. 95-115. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Informe sobre los Establecimientos de Beneficencia y Corrección de esta capital; su estado actual; noticia de sus fondos, reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo, presentado por José María Andrade. Méjico, 1864*. Escrito póstumo de Don Joaquín García Icazbalceta, publicado por su hijo Luis García Pimentel, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, de Madrid; miembro de las Sociedades de Geografía y de Americanistas, de París. Méjico, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, S. en C., 1907.
- Gilliam, Albert M. *Viajes por México durante los años de 1843 y 1844*. Traducción, prólogo y notas Pablo García Cisneros. México: Grupo Editorial Siquisirí, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Guerrero Crespo, Claudia, María Hernández Ramírez, Ignacio Rodríguez García y Octavio Martínez Acuña. *El Museo Nacional de 1825 a 1876. Organigrama histórico*. México: Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Cámara de Diputados, LXV Legislatura, Chapa Ediciones, 2022.

- Iturriaga de la Fuente, José N. *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*, México: Banco de México, 1992.
- Lanero Fernández, Juan José y Secundino Villoria Andréu. "El traductor como censor en la España del siglo XIX: el caso de William H. Prescott", *Livius*, 1 (1992): 111-121, <https://buleria.unileon.es/bitstream/handle/10612/6319/El%20traductor%20como%20censor%20en%20la%20Espa%C3%B1a.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [Consultado el 26 de julio de 2023]
- López Luján, Leonardo y Marie-France Fauvet-Berthelot. "Espionaje y arqueología. La misión imposible de Tomás Murphy". *Arqueología Mexicana*, septiembre-octubre, XXIII, 135 (2015): 18-23.
- Maier Allende, Jorge. *Noticias de antigüedades de las actas de la Real Academia de la Historia (1738-1791)*. Madrid: Real Academia de la Historia, Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, IV Documentos, 2011.
- Manuel Cortés, Amado. "Trazos sobre la conformación y desintegración del museo Histórico Indiano de Lorenzo Boturini". *Bibliographica Americana*, 12 (2016): 62-73, www.bn.gov.ar/micrositios/revistas/bibliographica [Consultada el 12 de julio de 2023]
- Morales, Manuel. "Remitido". *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de febrero de 1869, 7ª época, 26 (7) 50: 2-3.
- "Obituario del Vizconde de Kingsborough". *The Gentleman's Magazine*, VII, (mayo 1837), https://www.mna.inah.gob.mx/gabinete_de_lectura_detalle.php?pl=Obituario_del_Vizconde_de_Kingsborough [Consultado el 26 de julio de 2023]
- Prescott, William H. *Historia de la conquista de México, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés*, traducida al castellano por Don José María González de la Vega, anotada por don Lucas Alamán, con notas, críticas y esclarecimientos de don José Fernando

- Ramírez, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina. 5ª ed. México: Porrúa, 2000.
- Rivas Mata, Emma y Edgar O. Gutiérrez. *Libros y exilio. Correspondencia de José Fernando Ramírez con Joaquín García Icazbalceta y otros correspondientes, 1838-1870*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010.
- Rivas Mata, Emma y Edgar Omar Gutiérrez López. *De puño y letra. Catálogo de la correspondencia de Joaquín García Icazbalceta, 1844-1894*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia [en prensa].
- Sánchez San Román, Florencio [seudónimo de Vicente de Paul Andrade]. "Datos para la biografía del Sr. D. José María Andrade", *El Tiempo. Diario Católico*, XXII, 7166 (1904): 1 y 4.
- Teixidor, Felipe. *Cartas de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, José María de Ágreda, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León, Agustín Fischer, Aquiles Gersete, Francisco del Paso y Troncoso*, prólogo de Genaro Estrada. México: Editorial Porrúa, 1937.
- "Una notable biblioteca". *La Iberia. Periódico de política, literatura, ciencias, artes, agricultura, comercio, industria y mejoras materiales*. Domingo 14 de febrero de 1869, V (573), p. 1.
- Verea de Bernal, Sofía. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, ministro en París del emperador Maximiliano*, 2ª. ed. México: Editorial Porrúa, 1978.
- Zahar Vergara, Juana. *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

Documentos de Archivo

Archivo General de Notarías de la Ciudad de México (AG-NCDMX)

- Notario 160, Ramón de la Cueva, 23 de noviembre de 1846, fs. 882v-891v. Escritura de venta de la negociación de libros al concurso de D. Mariano Galván Rivera.
- Notario 722, Francisco Villalón, 30 de junio de 1854, fs. 185v-190. Escritura de venta de la negociación de imprenta, en la calle de Cadena núm. 13, otorgada por el Exmo. S. D. Francisco Miranda, a favor de los Sres. D. José Ma. Andrade y D. Felipe Escalante.
- Notario 612, José María Ramírez, 16 julio 1858, fs. 82v-83v. Compañía entre los señores D. José María Andrade y D. Pedro Guillet.
- Notario 426, Francisco Madariaga, 15 de octubre de 1860, fs. 133-134v. Compañía.
- Notario 169, Ramón de la Cueva, 26 de enero de 1861, fs. 39v-40v. Poder.
- Notario 169, Ramón de la Cueva, 20 de febrero de 1861, fs. 115-126v. Bastanteo.
- Notario 722, Francisco Villalón, 26 de enero de 1867, fs. 42-45. Poder.

